

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 8 DE MAYO DE 2021



Consolación y filosofía

PRESENTACIÓN

En contra del cliché, según el cual la filosofía es solo un ejercicio contemplativo, Raúl Fornet-Betancourt nos recuerda en el texto principal de nuestra edición una de las funciones esenciales de la filosofía: la consolación. Para ello, el filósofo explica el interés que desde Boecio (o antes con los estoicos griegos) ha despertado entre los pensadores el ánimo por repensar la tarea reflexiva.

Más allá del trabajo arqueológico presentado por el intelectual, nuestro pensador clarifica el concepto “consolación”, distinguiéndolo del significado escatológico propio de la doctrina cristiana. Así, en límites más modestos, se trataría de situar el esfuerzo filosófico “consolador” desde la sabiduría que le es común. El contenido puede resumirse de la siguiente manera:

“Se entiende igualmente que la tarea de recuperarse a sí misma como sabiduría no es una perspectiva de trabajo que la filosofía deba afrontar con el fin autocomplaciente de tomar conciencia de sí misma como depositaria de saberes sapienciales, sino con el propósito de radicalizar su compromiso con el mundo actual, esto es, de intervenir en su curso para contribuir a subvertirlo con la fuerza refundadora de la sabiduría”.

Conforme el texto, la función que plantea Fornet-Betancourt no es nueva porque se ubica en la línea de la crítica y la subversión que gesta, con su aporte, espacios de liberación. Quizá se trate de ese “ministerio” filosófico (como lo sugiere el académico) irrenunciable y necesario en contextos donde resulta insoportable la levedad del ser.



CONSOLACIÓN Y FILOSOFÍA

RAÚL FORNET-BETANCOURT

Escuela Internacional de Filosofía Intercultural. Aachen/Barcelona.

¿Puede, debe la filosofía consolar?

Esta cuestión no es nueva. Todo lo contrario. Basta con un ligero repaso de la historia de la filosofía en Occidente, por ejemplo, para comprobar que esta cuestión remonta sus orígenes hasta la antigüedad griega clásica y que desde entonces acompaña el curso del pensamiento filosófico occidental como una de esas preguntas que, por rozar algo de lo “eterno en el hombre” (Max Scheler, 1874-1928), cada época necesita plantear desde su propio horizonte y con sus medios de abordaje para mejor determinar lo que el hombre y la mujer de ese tiempo pueden esperar de la filosofía.

A sí podemos observar que también en nuestros días siente la época y, con ella, la filosofía la necesidad de volver sobre esta noble cuestión y de revisarla desde su propia constelación reflexiva, como muestran, entre otros testimonios, los debates en torno a la última obra de Jürgen Habermas (*Auch eine Geschichte der Philosophie = También una historia de la filosofía*); una obra en la que el influyente filósofo alemán, sobre la base de una impresionante reconstrucción histórica de las tensiones en las relaciones entre creer y saber en Occidente, ratifica su posición “ilustrada” de que la consolación no es asunto de la competencia de la racionalidad filosófica. Para ello, según su opinión, hay otras fuentes, como las tradiciones de sabiduría religiosa o las religiones.

Con este artículo, pues, nos hacemos eco de la vuelta de esta antigua cuestión. Y por ser una cuestión con larga historia, en las consideraciones que en él presentamos, tendremos que hacer referencia a algún que otro momento histórico. Pero ello será como un paso preparatorio, un auxilio, pues la intención principal es la de esbozar una respuesta que toma partido a favor de la capacidad de consolación de la filosofía en nuestra situación de hoy.

Pero no comienzo directamente con la pregunta en cuanto tal, sino con el presupuesto que, a mi modo de ver, la suscita o da sentido a lo que con ella se inquiere. Y es que, a mi juicio, la pregunta de si la filosofía puede y/o debe consolar, supone una comprensión del ser humano según la cual éste es un viviente que, en razón de su condición vital humana

finita, vale decir, condición vulnerable corporal y espiritualmente, siente su vida como una realidad que necesita consuelo porque en ella son muchos y muy diversos los momentos que le revelan – para decirlo con Sigmund Freud, (1856-1939) – que, tal como le es dada, la vida le resulta demasiado pesada.

Cabe agregar que con este presupuesto antropológico el planteamiento mismo de la pregunta por la capacidad o deber de consolación de la filosofía conlleva, de hecho, un claro distanciamiento frente a concepciones del ser humano que entienden su realidad en clave heroica a la luz de ejemplos de “titanes” como Prometeo o de hijos de reyes como Sísifo y que, olvidando precisamente que semejantes figuras no son “mortales normales”, invitan al

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora

Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

hombre a mirar de frente su destino con la conciencia de que es “una vida sin consolación” (Albert Camus, 1913-1960). Pero lo relevante para la transmisión y el desarrollo histórico de nuestra cuestión no es el debate con esa tendencia del “titanismo” –la llamo así por abreviar–, sino el hecho de que el mismo presupuesto que la suscita, es a la vez lo que obliga a la diferenciación de su planteamiento. Pues la suposición de que el ser humano es una existencia necesitada de consuelo, levanta de inmediato como su correlato obligado esta doble pregunta:

¿Qué tipo de consuelo es el que necesita el ser humano?
¿Y puede la filosofía ofrecer ese consuelo?

De manera que puede decirse que, desde sus primeros comienzos, la pregunta que aquí nos ocupa se mueve en un horizonte que llamaré de doble disputa porque, por una parte, está marcado por el esfuerzo de precisar la concepción antropológica que sirve de supuesto, aclarando justamente cuál es el consuelo que necesita el hombre (es decir, si su ser es tal que se contenta, por ejemplo, con que la compañía de un amigo le mitigue el dolor del luto o si aspira a una consolación integral de la vida finita); y, por otra, por el intento de examinar cuáles son las posibilidades y los límites de la filosofía en relación con la supuesta necesidad humana de consuelo.

Este marco de doble disputa, en que de hecho se mueve hasta hoy nuestra pregunta, lo encontramos ya presente en la filosofía griega y romana. Filósofos como Sócrates, Aristóteles, Cicerón o Séneca trazan un complejo mapa cuyas fronteras extremas van desde concepciones de la consolación como disminución del dolor, pues la filosofía no puede más que ayudar a sobrellevar las adversidades, hasta otras que enseñan que la filosofía como “medicina del alma” puede y debe proponer una consolación total que devuelva la paz al ser humano. Pero, como se ha subrayado con frecuencia, es la irrupción del cristianismo en el pensamiento occidental lo que hace que este horizonte de doble disputa descubra una nueva dimensión y se convierta en el *medium* de resonancia de un acento inconfundible que resuena e influye hasta hoy, como muestra justo el ya citado debate impulsado por Habermas. Con el cristianismo, en efecto, la necesidad de consolación del ser humano “clama al cielo”, literalmente. Es escatológica, es un “asunto” de Dios; un grito humano, pero que se hace eco de la promesa de consolación que Dios, que es Amor, ha hecho a todo hombre, en tanto que criatura que sufre (Mateo 5,4). Lo que quiere decir que el consuelo que *verdaderamente* necesita el hombre es el consuelo divino. Y por eso, en el cristianismo, la consolación, propiamente dicha, es un don del Espíritu Santo. Su nombre “El Paráclito”, el consolador, el

confortador, lo dice todo.
Se abre así otra dimensión de y para la consolación del hombre; una dimensión que anuncia, digamos, una consolación de otra calidad.

Sin embargo ello significa a su vez que con la inflexión que connota su acento el cristianismo hace patente los límites de la filosofía en lo que concierne a su capacidad de ofrecer al hombre verdadera consolación, que aquí quiere decir justo consuelo escatológico. No sorprende, por tanto, que grandes pensadores cristianos en Occidente, como San Agustín (354-430), apreciando en alto grado la filosofía, no haya dudado sin embargo en advertir contra la soberbia de la que se hace culpable toda filosofía que pretende sustituir la consolación de la esperanza escatológica por visiones de vida feliz en este mundo.

Sobre este trasfondo se comprende que la obra más famosa que se ha escrito en la historia de la filosofía occidental sobre este tema, la *De consolatione philosophiae*, de Severino Boecio (475-525), sea una decidida defensa de la fuerza consoladora que le es propia a la filosofía en tanto que sabiduría de vida que con los medio de la razón muestra al hombre su connatural integración en el plan universal de la Providencia.

Con Immanuel Kant (1724-1804), sin embargo, por citar otro momento histórico influyente en el desarrollo de nuestra cuestión, vemos reafirmada lo que, también por abreviar, podríamos llamar la línea agustiniana. En efecto, la respuesta de Kant a sus conocidas preguntas (¿qué puedo saber? ¿qué debo hacer? ¿qué puedo esperar?) que sentencia que a las dos primeras responden la metafísica y la moral, es decir, la filosofía, mientras que la tercera es asunto de la religión, representa una clara toma de posición a favor de una “división de trabajo” en cuyo marco no caería en el campo de competencia de la filosofía la cuestión de la consolación.

Pero situémonos en nuestro presente y preguntémonos abiertamente cómo debería la filosofía de hoy dar cuenta de la vuelta de esta pregunta.

¿Debería seguir la posición de Habermas que en la línea de Kant propone que la filosofía se mantenga en su terreno reflexivo, en el que de suyo no crece ninguna planta que sirva para consolar; pero, eso sí, abriéndose a un diálogo con las tradiciones religiosas, especialmente a la judeocristiana, y tratando además de transportar sus mensajes de promesas de salvación a su propio lenguaje conceptual secular?

¿O debería más bien la filosofía revisar su historia y preguntarse autocríticamente porqué el seguimiento del “seguro camino de la ciencia” (Kant) la ha llevado a una relación antagónica con su herencia sapiencial, de manera que hoy considera como una “desmesura” el que se le pregunte por su propia capacidad y/o deber de consolación?

Para mí, y sin pretensión alguna de desmerecer con ello la propuesta de Habermas ni mucho menos cuestionar su buena intención, debería la filosofía hoy hacer lo segundo, esto es, esforzarse por reconciliarse con su tradición sapiencial y reconsiderar desde sus potencialidades la cuestión de su misión de consolación en el mundo de hoy.

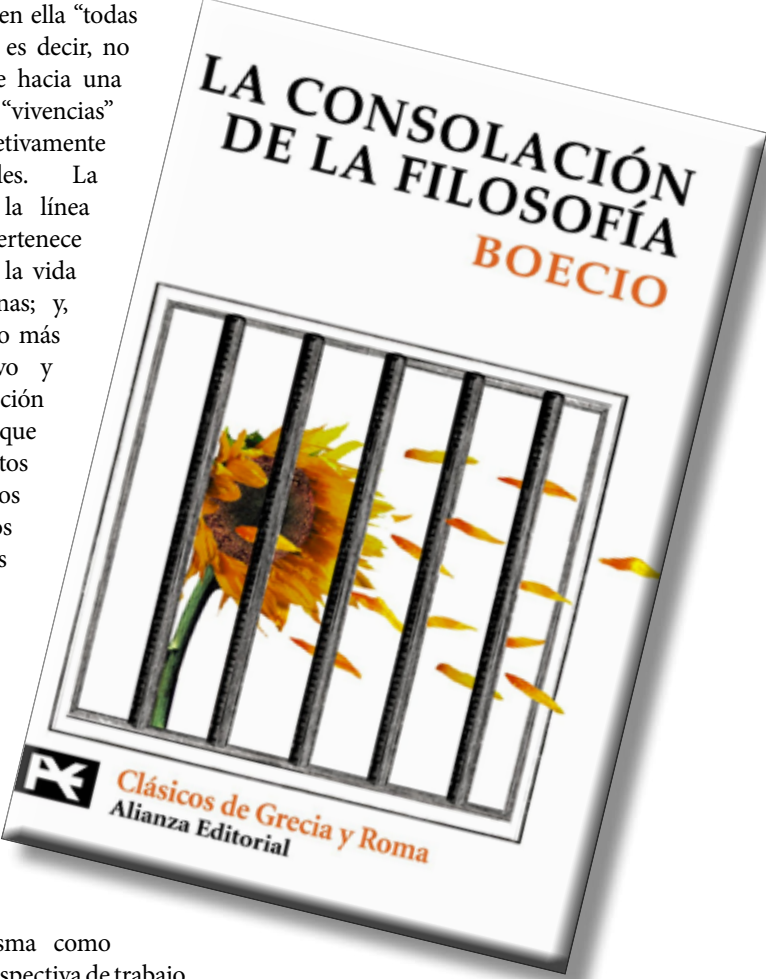
Y, por los términos en que he planteado esta tarea, se entiende que ella supone que la filosofía debe deponer hoy cualquier complejo de inferioridad ante la ciencia y su indiscutible autoridad social para no dejarse paralizar por el temor a no ser reconocida como una área más entre los saberes que gozan de la reputación de “científicos”. Esto evidentemente no por afán de recalentar viejas rivalidades sino por respeto y responsabilidad frente a la duda angustiosa de un sentido último para la vida, de una “razón por la que realmente merezca la pena vivir”, que, hoy como ayer, asalta al corazón humano en tantas ocasiones.

Se permitirá aquí hacer un inciso para aclarar un aspecto que me parece pertinente, necesario, porque el contexto actual global, a pesar de las valientes y legítimas reivindicaciones de los defensores del pluralismo epistemológico, lleva el inconfundible cuño del monismo epistemológico de la ciencia hegemónica y de su consiguiente pretensión cientificista de ser el único campo de experiencias y opciones cognitivas comunicables. Aclaro, pues, que la tarea de recuperación de la filosofía como sabiduría nada tiene que ver con un obstinado movimiento de repliegue hacia aquella “noche” sentimental e intuitiva de la que Hegel (1770-1831) decía, con razón, que en ella “todas las vacas son negras”, es decir, no se aboga por retirarse hacia una zona nebulosa de “vivencias” íntimas, intersubjetivamente apenas comunicables. La sabiduría, dicho en la línea metafórica de Hegel, pertenece al “día”, al “diario” de la vida y convivencia humanas; y, como tal, lleva consigo más respaldo intersubjetivo y fuerza de convocación comunicativa que muchos descubrimientos científicos. Ejemplos claro de ello son los “refraneros” de los pueblos del mundo como documentos comunitarios de memoria sapiencial compartida en el *caminar* la vida. Hasta aquí el inciso.

Se entiende igualmente que la tarea de recuperarse a sí misma como sabiduría no es una perspectiva de trabajo

que la filosofía deba afrontar con el fin autocomplaciente de tomar conciencia de sí misma como depositaria de saberes sapienciales, sino con el propósito de radicalizar su compromiso con el mundo actual, esto es, de intervenir en su curso para contribuir a subvertirlo con la fuerza refundadora de la sabiduría.

¿Y cómo podría hacerlo?
Entre otras maneras, asumiendo la responsabilidad de una interlocutora social y personal que confronta a su época y a sus contemporáneos en concreto con palabras de memoria sapiencial (amor, bien, paz, equilibrio, mesura...) que son como brújulas que indican el camino hacia la otra orilla de una existencia con y en el sentido de la vida. Son así estas palabras, aunque resuenen hoy como memoria que viene de lejos, anuncio del buen suceso que todavía nos puede pasar; apertura de caminos por recorrer; y, con ello, fuente de consolación ante los agobios y las carencias que ellas mismas nos ayudan a identificar es su verdadero origen y significado.
Este sería, por tanto, un ejemplo concreto de la forma en que la filosofía puede y, a mi juicio, también debe cumplir hoy con el encargo de consolación que conlleva su “ministerio”.
Debe, por lo demás, quedar claro que esta defensa de la filosofía como fuente de consolación no se hace para restar ni para competir –la competencia, por lo general, resta–, sino para sumar memorias de confortación en la noble tarea de acompañar al ser humano justo en aquellas situaciones en las que “los golpes en la vida” (César Vallejo, 1892-1938) amenazan con secar su espíritu.



AMABLE SÁNCHEZ TORRES

MAX ARAUJO
Escritor

Uno de mis profesores en la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Rafael Landívar, a fines de los años setenta, fue el poeta Amable Sánchez Torres. Posteriormente fuimos colegas cuando él se recibió en la misma universidad de licenciado en ciencias jurídicas, abogado y notario. Pero fue la literatura la que nos unió. Fue miembro de Rin 78. Compartimos como integrantes de la Junta Directiva del Instituto de Cultura Hispánica y como miembros fundadores de la Asociación Módulos de Esperanza, entre otras actividades. Somos amigos y es mucho lo que tendría que decir de él. Es uno de muchos españoles que a partir de los años cincuenta han hecho de Guatemala su patria y que han aportado a diversas expresiones de nuestra cultura, como artistas, críticos de arte y en otras áreas de la vida.



Su poesía es de una extraordinaria calidad, pero lo más importante es su calidad humana. Llegó como sacerdote católico, pero el amor por una guatemalteca lo hizo dejar los hábitos religiosos. Actualmente es miembro de la Junta Directiva de la Academia Guatemalteca de la Lengua Española. Desde que quedó viudo lleva una vida muy discreta, dedicada al estudio y a la docencia en la Universidad Francisco Marroquín. Casi una vida monacal. Reside a pocos metros de dicho centro de estudios.

Amable Sánchez Torres nació en Morasverdes, Salamanca (España) el 29 de marzo de 1935. Desde 1966 vive en Guatemala, donde se ha nacionalizado como guatemalteco. Es licenciado en Teología por la Facultad de Teología de San Esteban de Salamanca, y doctor en Letras y Filosofía y licenciado en Derecho (primer premio de tesis en esta carrera en 1984) por la Universidad Rafael Landívar de Guatemala.

Ha dado clases de Lenguaje, Literatura, Análisis y Crítica Literaria, Filosofía, Filosofía del Derecho, Ética y Antropología Filosófica, en la Universidad Rafael Landívar y en la Universidad Francisco Marroquín.

Por los años 60 del siglo pasado, cuando estudiaba Teología en Salamanca, empezó a publicar en algunas revistas, entre ellas *Poesía española*, *Álamo*, *Uriel*, *Rocamador* y *Caracola*, pero desde que vino a Guatemala rompió prácticamente con el mundo literario español y apenas volvió a publicar en revistas.

El 9 de diciembre de 1999, fue condecorado por el rey de España, Juan Carlos I, con la Orden de la Encomienda del Mérito Civil.

En octubre del 2014, la Facultad de Derecho de la Universidad Francisco Marroquín le otorgó el Reconocimiento al Autor Nacional, por su libro *Como al pasto el rocío*.

- Estos son los títulos de sus libros de poesía publicados:
- 1963-*Travesía del hombre*
- 1970-*Domingo*
- 1971-*Habitante del vértigo*, con prólogo del Dr. Carroll E. Mace
- 1973-*La hora de las tentaciones*
- 1976-*Irremediablemente humano*
- 1978-*Insomnios y cicatrices*
- 1984-*Tratado del amor y de la muerte*, con prólogo

del P. Ramón Adán Stürtze

- 1993-*Delito mayor*, con prólogo de Hugo Cerezo Dardón
- 1996-*Nudos en la sombra*
- 1998-*Proverbios y cantares que se le olvidaron a Machado*
- 2004-*Cosa cordial*, con prólogo de Francisco Pérez de Antón
- 2010-*Como al pasto el rocío*, con prólogo de Gustavo Adolfo Wyld Ferraté
- Actualmente tiene sin publicar una extensa obra, que se concreta en diversos títulos.

DE AMABLE SÁNCHEZ SE HA DICHO:

“Un gran silencioso, lleno de serenidad y de pasión”. (Francisco Morales Santos).

“Sus temas son los de todo buen poeta: la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad, el hombre y las cosas, la soledad, la esperanza, el amor, la angustia de buscarse a sí mismo y a los otros, el conflicto entre las apariencias y una realidad desconocida... Sus creaciones nos hablan con voz clara y sencilla, en una pureza de sol, viento, piedra y noche”. (Carroll E. Mace).

“Amable Sánchez Torres pasa, con igual soltura, del versolibrismo al rigor del soneto y del alejandrino. Y subyace en su obra un contenido de innegable garra filosófica de filiación existencialista, expresado por la vía ya de la amargura, ya de la ironía”. (Joaquín Galán. *Vida Nueva*. La Generación del Posconcilio).

“Poeta entrañable y vivo. Poeta sencillo y místico. Su poesía es sacerdocio y comunión, y amor y muerte para otra vida”. (Ramón Adam Stürtze).

“Es permanente su predilección por el soneto, de impecable factura; el uso del endecasílabo, combinado con versos de cinco y siete sílabas; su maestría en el manejo del octosílabo, metro del romance, el más popular y auténtico de la poesía española...; y el verso libre, no desbocado y caprichoso, porque lo refrena con acertadas combinaciones métricas... La poesía de Amable, por otra parte, es conscientemente depurada de pesos muertos”. (Hugo Cerezo Dardón).

“Así como en el trazo enérgico de Goya o en el grafismo y la sensibilidad de Joan Miró se adivinan las pinturas de la roca de Altamira, así en la poesía de

Amable respira y vive España: él es Berceo y Garcilaso y León Felipe y... Decirlo es atrevido y pedimos que se nos perdone: Amable nos acerca a los grandes... Con él y en él casi tuteamos a los monstruos de la poesía peninsular”. (Luis Alfredo Arango).

“Una obra cuya índole vitalista y seria será testimonio y deleite, ejemplo de poesía, lección de auténtica literatura, destinada a perdurar a lo largo de los años”. (Francisco Albizúrez Palma).

“Los versos de Amable exhalan la tradición estoica hispana desde Séneca a Machado, pasando por Francisco de Quevedo. El camino, la soledad, la brevedad de la vida, la muerte y el viajar *ligero de equipaje* son las constantes de sus poemas. Y también el aire. Viento, vuelo, cielo, ave, son vocablos que Amable reitera en su poesía como expresiones de un ascenso esencial, de una imperiosa ascesis que envidia en alondras y palomas... Nostalgias de eternidad, que diría el clásico. Y arte poética de primer orden, que diría el crítico. Con las voces más modestas, Amable logra profundidades oceánicas”. (Francisco Pérez de Antón).

“En mi trayecto por el poemario –habla el prologuista de *Como al pasto el rocío*– he ido reconociendo y disfrutando algunas partes que ya conocía... Aun así, fue como si me adentrara por primera vez en ellas y en otras que no conocía. Puedo asegurar que en este libro hay mucho que contemplar, mucho para impresionar el ánimo, y aún más para alimentar la cabeza y el corazón. (...) Admirable es la sutileza y habilidad que muestra el autor para alisar y dar tersura a la palabra. (...) y también para definir la poesía. (...) Debo advertir que el libro de Amable Sánchez se disfruta intensamente, pero no hay que leerlo al desgaire: el pulimento y la tersura formales que lo constituyen, pueden, por puro embelesamiento, obnubilar la gravedad de su contenido, la importancia de esos silencios de los que hablaba Juarroz y que están latentes en los interlineados. Hay algo que sobrevuela allí, en esos recintos”. (Gustavo Wyld).

No me cabe la menor duda que por su obra Amable es merecedor del Premio Nacional de Literatura. Galardón que ya tiene otro compatriota suyo, guatemalteco por nacionalización, Francisco Pérez de Antón.

LA RUTA DE DON QUIJOTE

ENÁN MORENO
Escritor y académico

Desde que lo vio por primera vez, no pudo ocultar la gran atracción que le produjo el hermoso tomo empastado en cuero. Las letras doradas brillaban sobre la oscura cubierta: El ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha. Parece interesante, pensó. Aunque no sabía mucho de literatura española, algo había escuchado. Esta vez no dudó en tomar la decisión, se lanzaría a la aventura. Seguiría, pues, página a página, la ruta de Don Quijote.



Esperó algunos días antes de adentrarse en las casi mil páginas que el libro le ofrecía. Llegado el momento, se acercó al tomo con cierta emoción. Primero, se detuvo en la fecha: 1605; acto seguido, se dirigió al prólogo: *Desocupado lector...* Cada vez con mayor interés, avanzó y llegó por fin a *un lugar de la Mancha*, donde se encontró de frente con el famoso personaje. Allí supo de Sancho Panza, de la mágica transformación de Aldonza Lorenzo en la bella Dulcinea del Toboso.

Capítulos adelante, diríase que sufrió mientras Don Quijote se enfrentaba a los molinos, creyendo que eran gigantes y también cuando perdió casi todas las ruedas por meterse entre un rebaño de ovejas y cabras pensando que eran el ejército de Alifanfarón.

En fin, al ritmo de Rocinante, fue recorriendo la misma ruta de Don Quijote. Lo acompañó a velar, cuando fue armado caballero. Estuvo con él en todas sus salidas y en sus conversaciones con el bachiller Sansón Carrasco. Estuvo en la graciosa pelea de Sancho con Marimontes y el ventero. Viajó a la insula y leyó la carta que Sancho le envió a Teresa Panza, su mujer.

Todo. Disfrutó todos los capítulos, todas las páginas, todos los párrafos, todas las ilustraciones de Gustave Doré. Hasta cabalgó sobre el famoso Clavileño. ¡Cuántas sensaciones! Inolvidable. Sólo así podía calificar tal aventura. Lo que más disfrutó: los refranes oportunos de Sancho, su contrastante lucidez con el obstinado encantamiento del caballero andante. Lo que más le entristeció: la muerte de Don Quijote, nada podía ser más impresionante que estar presente en los últimos momentos del protagonista de tan fascinante historia.

Terminado el recorrido, sintió la plenitud de ver cumplido un sueño que, como llegó a pensar en algún momento, parecía difícil de realizar. Era evidente, allí estaba la huella de su osadía: la ruta de Don Quijote, de pasta a pasta, el agujero redondo, perfecto: su obra maestra. Y, mientras trataba de descansar y relajarse, observó, con orgullo evidente, a las otras termitas que salían sin pena ni gloria de *La náusea*, de *La Taberna* y de otros libros que, seguramente, no les darían la misma satisfacción.



EPISTOLARIO

DE ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY A CONSUELO SUNCÍN DE SAINT-EXUPÉRY

Mayo de 1944

No se dan las gracias a un jardín. Yo siempre he dividido a la humanidad en dos partes. Hay seres-jardín y seres-patio. Estos pasean su patio consigo, lo sofocan a uno entre sus cuatro muros, y uno se ve obligado a hablar con ellos para hacer ruido. Es penoso, el silencio, en un patio. Pero por los jardines uno se pasea. Uno puede callarse y respirar. Se está a gusto. Y las sorpresas agradables aparecen solas. No hay nada que buscar. Una mariposa, un escarabajo, una luciérnaga se nos muestran. No sabemos nada sobre la civilización de la luciérnaga. Uno sueña. El escarabajo parece saber a dónde va. Tiene mucha prisa. Es asombroso, y seguimos soñando. Luego la mariposa. Cuando se posa sobre una flor espléndida, uno se dice: para ella es como si se posara en una terraza de Babilonia, un jardín colgante que se balancea... Luego uno se calla al ver tres o cuatro estrellas. Pero no le doy las gracias por todo esto. Usted es como es. Simplemente tengo ganas de pasearme todavía en su jardín. También pensé otra cosa. Hay gente-carretera nacional y hay gente-senderos. La gente-carretera nacional me aburre. Me aburre el granito de los mojones. Van hacia algo preciso, una ganancia, una ambición. A lo largo de los senderos, por el contrario, hay avellanos, y se puede pasear entre ellos para mordisquear sus frutos. A cada paso, uno está allí para estar allí, no en otro lugar. Pero no hay absolutamente nada que aprender de los mojones.

POESÍA

BRENDACAROL MORALES
Escritora

¿CUÁNDO?

Fuego,
duda,
caricias atrevidas,
inconstantes...
nuestro encuentro...
un ademán que no llega
la palabra que se ahoga,
todo el deseo reprimido,
al acecho de su momento...

El reloj marca la parsimonia de la
espera,
la cama tan amplia, el cuerpo tan
lleno,
y un mosquito bullanguero, fastidioso,
retador, avisa su ataque al oído,
todo está tan amplio y tan vacío...

sensaciones,
represión,
humedad,
fastidio...
¿cuándo llegás?

CANTO OSCURO

Ardientes fuegos de incomprensible
llama
condenan al cuerpo a ser prisionero
de besos y goces que resultan ajenos
todo por calmar a la soledad que

clama
que juzga y señala lo extraño,
¡pobres almas condenadas! ahogan
su amor, rompen las alas, despreciadas,
¡tristes hermanas! Su deleite roba.

Un canto oscuro brota de sus labios
el *te quiero* que rompe las barreras,
fuego ardiente, incomprensible llama
que obliga a esconder la pasión
profana
entregando el cuerpo, siendo
prisioneras
de lo que mal llaman matrimonio
sano.

¡Pobres almas condenadas! Ahogan su
amor,
¡quiebran sus alas de vuelo corto!
por ser iguales, por ser hermanas.
¡Ay, tristes y olvidadas, se claman por
las noches!
¿Quién escuchará su lastimero
gemido?
para todos es mejor
echarles piedra y lodo.

ENREDO

Ellos, encerrados en su templo,
con su sacrosanto canto,
voz varonil, entonando gregorianos,
crean la ilusión
que la humanidad no pierde la fe



y es posible el amor entre hermanos.

A unos pasos de allí
sin el resguardo de las paredes blancas
un hombre desangra a otro
con la alevosía que da
un arma entre sus manos...
en ellos la humanidad
mata y muere.

¿Acaso es,
un enredo de épocas?,
¿o más bien supone
que los seres humanos seguiremos así:
cantando, creyendo,
odiando, matando, muriendo,
todo, a un mismo tiempo?

Quizá todavía no es el fin,
quizá no ha muerto
la paloma que vuela en nuestros sueños;
ni es demasiado agresiva
el ave de rapiña que nos despoja de ellos,
quizá es nuestro destino
vivir así, opuestos,
un siglo más y otro más y otro...
hasta que el mundo acabe y con él
nuestro tiempo.



FILOSOFÍA

ARISTÓTELES

ÉTICA Y POLÍTICA

Frente al idealismo platónico, Aristóteles, su discípulo, propone en estos textos una fundamentación naturalista de la ética: el bien que el hombre ha de perseguir ha de ser deducido a partir de su propia constitución natural: lo propio del hombre es buscar la felicidad en su actividad específica: la teoría. Esta es relevante, no sólo para la vida individual, sino también para la sociedad y política. ()*

** González Antonio. Introducción a la práctica de la filosofía. Texto de iniciación. UCA Editores. San Salvador, 2005.*

En suma, llamamos perfecto a lo que siempre es elegible por él mismo y nunca por otra cosa. Tal parece ser esencialmente la felicidad. En efecto, la buscamos por ella misma, y nunca por otra cosa; mientras que a los honores, al placer, a la inteligencia y a toda virtud los buscamos, sí, por sí mismos (pues, aunque no se siguiese nada, los elegiríamos), pero los deseamos también en vista de la felicidad, ya que pensamos que por medio de ellos seremos felices; en cambio, nadie elige la felicidad por esas cosas(...).

Pero quizá el decir que la felicidad es el bien supremo parezca decir una cosa resabida, y se desee que se declare con más nitidez qué es. Tal vez esto se consiga si se logra captar la función del hombre. (...) ¿Y cuál podrá ser ésa? Porque el vivir es evidentemente algo que el hombre tiene en común con las plantas, y lo que buscamos es lo propio del hombre. Queda, por tanto, fuera de la cuestión la vida de nutrición y crecimiento. La siguiente sería la vida sensitiva, pero bien se ve que también ésta la tiene en común el hombre con los caballos, el buey y todos los animales.

Queda, pues, por fin, una cierta vida activa del ser que tiene razón en el doble sentido de que obedece a la razón y la posee, y en el sentido de que efectivamente piensa. Más, diciéndose esa vida en dos sentidos, hay que tomarla en el sentido de actividad efectiva, pues ésta es la que parece a todos decirse en sentido primario. Y si la función propia del hombre es una actividad del alma conforme a la razón o, al menos, no desprovista de razón; y si decimos que esta función es genéricamente la misma en un individuo cualquiera y en un individuo bueno -como



en un guitarrista y en un buen guitarrista, y en general, en todas las cosas lo mismo-, sobreañadiéndose a la obra la excelencia de la virtud (pues es propio del guitarrista el tocar la guitarra, y del buen guitarrista el tocarla bien); si ello es así, sostenemos que la función del hombre es una cierta vida, y ésta, una actividad del alma y acciones conformes a la razón, y la del hombre bueno, el hacerlas bien y de una manera perfecta...

(Tomado de su *Ética nicomaquea*, siglo IV, a. C.)

Si es verdad que existe algún fin de nuestros actos que nosotros queremos por sí mismo, mientras que los demás fines no los buscamos más que en orden a este mismo fin (...), podría parecer que éste depende de la más importante

de las ciencias y la más arquitectónica. Esta es, al parecer, la ciencia política (...). Al utilizar la política las demás ciencias y al legislar qué es lo que se debe hacer y qué es lo que se debe evitar, el fin que persigue la política puede involucrar los fines de las otras ciencias, hasta el extremo de que su fin sea el bien supremo del hombre. Porque, aunque el bien del individuo se identifique con el bien del Estado, parece mucho más importante y más conforme a los fines verdaderos llevar entre manos y salvar el bien del Estado. El bien es ciertamente deseable cuando interesa a un solo individuo; pero se reviste de un carácter más bello y más divino cuando interesa a un pueblo y a unas ciudades.

(Tomado de su *Política*, siglo IV, a. C.)